Ayer hubo actos en su memoria

El gran homenaje que Neruda se merece aún está pendiente

A 17 años de su muerte el pueblo concurrió a una romería en el cementerio General

Los funerales, rigurosamente vigilados de Neruda, se repitieron después con muchos chilenos

Homero Arce, poeta y sempiterno secretario de Neruda, aseguraba, hasta el día de su muerte, que el 23 de septiembre de 1973, el Premio Nobel chileno dejó de existir musitando "¡Los están matando!" "¡Los están asesinando!".

El recuerdo de los últimos momentos de la vida de Pablo Neruda revivió ayer al repetirse, inexorablemente, un día domingo como ese mismo aciago 23, en medio de la furia criminal fascista y el terror desatado por la dictadura, en ese entonces.

Esta vez, a 17 años de la desaparición del poeta, la propia Fundación Neruda no desplegó las suficientes y esperadas actividades que la fecha merecía. Solamente largas colas ante la casa de Isla Negra testimoniaron el cariño que la gente conserva por una de nuestras personalidades más destacadas del presente siglo.

En Santiago, si no fuera por la comisión de cultura del partido Comunista –al cual perteneciera inclaudicablemente el poeta durante casi 40 años de su vida– organizó una velada en su memoria.

En el vetusto teatro Cariola de la capital, ayer el grupo de danza Espiral, que dirige Joan Turner, la viuda de Víctor Jara, y el coreógrafo Patricio Bunster, dio inicio a un acto artístico cultural en su homenaje.

El punto culminante del encuentro fue la presentación del conjunto musical cubano Guaicán y la participación de la destacada representante de la Nueva Trova, Sara González, quien visita Chile desde comienzos de septiembre.

ULTIMOS INSTANTES DE SU VIDA

La muerte del poeta tiene ribetes dramáticos que reviven en testimonios como el siguiente, que es conveniente tener presente ahora, a 17 años de estos hechos.

"El teléfono me despertó muy temprano –recordó en un testimonio para el periodista Sergio Villegas– el ahora extinto escritor chileno Joaquín *Caco* Bello: "Habla Juan Gómez. Murió Pablo. Pasaré a buscarte en veinte minutos".

Era el ex rector de la Universidad de Chile, Juan Gómez Millas, hoy también desaparecido.

"Llegamos a la clínica (Santa María) alrededor de las ocho de la mañana (de un día lunes, como hoy, hace 17 años) ya habían bajado el cuerpo de Pablo hasta un rincón cerca de la capilla. Aún no llegaba la urna. El cuerpo yacía sobre una mesa, envuelto en un sudario blanco. Tenía descubierta sólo la cara. Nunca vi en un muerto una sonrisa como ésa, una expresión que reflejara semejante paz. Debió traerla desde muy adentro, antes de expirar, como una respuesta suprema a la brutalidad que reinaba a su alrededor".

Hasta aquí el testimonio de Bello.

Las imágenes del combativo funeral de Neruda, que conmovieron al mundo en momentos en que arreciaba la brutalidad dictatorial, volvieron a la mente de muchos ayer en la mañana en camino hacia el cementerio General. La habitual romería marchó con recogimiento y dolor entre tantos despojos queridos: el nuevo mausoleo de Salvador Allende, las modestas fosas que hoy guardan los restos de Vicente Atencio y Eduardo Cantero (a quienes estaban "matando", "asesinando", y precisamente cuando Neruda lo advertía en su lecho de muerte), hasta el lugar donde descansa el poeta. Al costado, y de espaldas donde el grupo homenajeaba a Neruda, está el infamante Patio 29, que conserva los restos de decenas de N.N., víctimas de la represión de los días inmediatamente posteriores al golpe militar.

Si para Pablo Neruda, un acto postrero de justicia será que se trasladen sus restos hasta su casa de Isla Negra, para decenas de miles de otros caídos, es indispensable identificar y sancionar a los responsables directos y autores intelectuales de los crímenes que el poeta murió denunciando.